

DÍA 18

CUANDO DIOS “SANA TU TIERRA”

Escucho con frecuencia el clamor de personas sinceras que dicen: ¿Dónde está Dios, no lo veo por ningún lado? ¿Qué debes hacer si te sientes de este modo? En primer lugar, recuerda que no eres la única persona que se ha sentido como tú. Claro que esa no es una respuesta a tus inquietudes. No necesitas que alguien te diga que otras personas también han pasado por el valle oscuro que estás atravesando en estos momentos.

Sin embargo, es bueno que veas la manera cómo el salmista enfrentó sus momentos de dificultad. El pueblo de Israel estaba bebiendo el amargo cáliz de la derrota, y el salmista fue a Dios y le dijo: “¡Despierta! ¿Por qué duermes, Señor? ¡Despierta! No te alejes para siempre. ¿Por qué escondes tu rostro, y te olvidas de nuestra aflicción y de la opresión nuestra? Porque nuestra alma está agobiada hasta el polvo y nuestro cuerpo está postrado hasta la tierra, ¡levántate para ayudarnos y redímenos por causa de tu misericordia!”. (Salmos 44:5-8)

Estas palabras parecen un reproche a Dios. Cómo un ser humano se atreve a decirle al Creador del universo “¡Despierta! ¿Por qué duermes, Señor? ¡Despierta!”. Tal vez lo que te falta, en el momento de las dificultades, es justamente esta capacidad de hablar



“Tal vez lo que te falta, en el momento de las dificultades, es justamente esta capacidad de hablar con Dios, con confianza y familiaridad, con la misma confianza con la que un hijo conversa con su padre”.

con Dios, con confianza y familiaridad, con la misma confianza con la que un hijo conversa con su padre. Quizá no tengas al instante ninguna prueba notable de que el rostro de tu Redentor está inclinado hacia ti con compasión y amor; sin embargo, esa es la realidad, aunque no la percibas.

No podemos sentir su toque manifiesto, pero su mano nos sustenta con amor y piadosa ternura

Aquella mañana, Rigoberto despertó con el rostro amarillo, ojeras profundas y una horrible sensación pastosa en la boca. Como un autómata, se

levantó y se dirigió al baño. El encuentro con su imagen, ante el espejo, le produjo una sensación horrible de náuseas, casi no se reconoció. Se lavó la cara con jabón, como si con aquel acto quisiese borrar de su mente el recuerdo de la noche de pecado que había vivido.

No era la primera vez. El joven de ojos grises y sonrisa de niño ingenuo sabía que no podía continuar con aquella vida. Conocía los principios bíblicos desde niño, pero eso no hacía mucha diferencia. Cuando la tentación surgía se tornaba en una pobre e indefensa víctima de las tendencias que cargaba en su naturaleza.

Después de pecar se sentía sucio, inmundo, indigno del amor de Dios y con ganas de morir. Le había prometido a Dios tantas veces que su vida cambiaría, pero cuanto más lo intentaba más se hundía en la arena movediza de sus pobres intenciones.

Un día, en su desesperación, tomó la Biblia y encontró el siguiente versículo: “Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra” (2 Crónicas 7:14). Sanar su tierra, era eso lo que Rigoberto necesitaba. Su tierra estaba enferma de pecado. Nada podía hacer él para resolver ese problema, a no ser buscar a Dios.

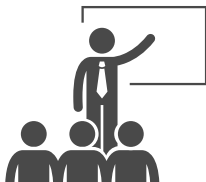


“Le había prometido a Dios tantas veces que su vida cambiaría, pero cuanto más lo intentaba, más se hundía en la arena movediza de sus pobres intenciones”.

La palabra buscar en hebreo es *baqash*, que literalmente significa desear. Todo lo que Rigoberto necesitaba hacer era desear mirar a Jesús y decirle: “Señor, yo no puedo. Si depende de mí estoy perdido. Por eso vuelvo los ojos a ti, ¿Puedes hacer algo por este humilde pecador?”. En ese momento viene el cumplimiento de la promesa divina: “Yo sanaré tu tierra”.

Esa promesa continúa válida para ti. Nada hay en tu vida que el Señor Jesús no pueda sanar. La enfermedad del pecado es la peor de todas las enfermedades porque no solo mata el cuerpo sino también el espíritu. Pero a lo largo de la historia, Dios siempre ha cumplido su promesa en la vida de los que se han acercado de Él con fe. Por lo tanto, ora, sigue orando, aunque sientas que Dios no te responde, a despecho de su aparente demora.

Eso es lo que sucedió con Rigoberto, siguió orando, volvía al pecado, pero siguió orando; el diablo le decía que Dios no le escucharía, pero continuó suplicando, hasta que un día sintió su tierra sanada del vicio, y hoy se regocija en la iglesia de Dios.



ACTIVIDADES DEL DÍA

Hoy seguirás el ejemplo de Rigoberto y comenzarás a orar específicamente por algún pecado o mal pensamiento que no puedes dejar. Por tanto:

1. Busca un lugar tranquilo para pasar a solas con Jesús por 20 minutos.
2. Dile directamente a Jesús: “Yo no puedo, si de mí depende estoy perdido. Tú eres mi salvación. Señor, ¿puedes hacer algo por este pecador?”.
3. Si este pedido lo has dicho en tres minutos y se te ha acabado la oración, entonces vuelve a repetirla, pero esta vez con más detalles.